Cuarta época. - Núm. 63
Administración y Redacción: Carranza, 20. - Madrid
Madrid, 17 de septiembre de 1932
Precio: 15 céntimos

El Gobierno prepara los próximos presupuestos. Que tenga en cuenta que miles de trabajadores se mueren de hambre y es preciso resolver su situación.

Ha llegado la hora de dejar la participación

Posición política

El Comité nacional ha fijado la posición política de las Juventudes Socialistas de una manera rotunda. La veníamos explicando ya en las columnas de RENOVACION con una coincidencia absoluta en la forma y en el fondo. Nosotros mantuvimos desde el primer momento una simpatía absoluta al movimiento revolucionario que generó la instauración de la República. Declaramos entonces — y hoy ratificamos aquella declaración — que el Partido Socialista cumplió un deber histórico ineludible cooperando en el movimiento de diciembre. Entonces la España revolucionaria columbraba únicamente una masa organizada, la socialista, que podía servir de instrumento revolucionario. Y para el Socialismo, colocado en una posición marxista, era obligado procurar la consolidación de la democracia política. Así lo hizo y así lo reconocían cada día más nuestros enemigos y adversarios.

El Partido ha hecho bien. Pero como no puede vincular su vida a la de la democracia burguesa, porque perdería el matiz clasista que constituye su esencia, es preciso pensar en abandonar a los partidos republicanos la dirección de la República. Se opone a esta tesis la de que los republicanos solos no tendrían la fortaleza suficiente para sostener el nuevo régimen. Nosotros afirmamos que ése es un argumento de tipo sentimental, sin consistencia de ninguna clase. Pero aunque fuera cierto, ¿se puede invocar la defensa de la democracia burguesa única y exclusivamente para justificar una posición colaboracionista?

Estimamos que no. El Partido Socialista debe abandonar la participación ministerial, porque se cierra el ciclo constituyente y, por tanto, la posibilidad de infundir en el Código fundamental y en sus leyes complementarias un sentido socializante.

Pero una vez apartados del Gobierno, olvidaríamos nuestras doctrinas si nos encerráramos en una posición mística, de muda contemplación de los acontecimientos políticos, de narcisismo, sin un interés inmediato, sin manejar nuestras inmensas fuerzas en el logro de los objetivos que son nuestra razón de ser. Somos enemigos de las posiciones místicas, de las posiciones sentimentales, por contrarrevolucionarias. Se precisa una acción rápida en la oposición de crítica implacable contra la burguesía, de enemistad irreductible. Que la burguesía republicana se adueñe del Gobierno. Y si se prueba su incapacidad, que no espere colaboraciones generosas para sostenerla, lógicas hasta aquí, absurdas en adelante. Si la burguesía fracasa y se comprueba que sólo el proletariado sostiene a la República, el proletariado tiene derecho a dirigirla plenamente en un sentido socialista.

Las Juventudes Socialistas se hallan en pie de guerra contra la reacción y el capitalismo.

El Socialismo no puede hacer excesivas concesiones a la democracia burguesa.

Nuevo presupuesto

Ya el ministerio de Hacienda se está preocupando de la estructuración del segundo presupuesto de la República burguesa. Nosotros, los jóvenes socialistas, queremos hacer algunas observaciones respecto a él y enfocarle conforme nuestro punto de vista, porque para ello nuestra participación en la estructuración de esta República nos da derecho. Que no en vano hemos forjado en ella, a medida de nuestras fuerzas, una tendencia socializante, con el afán de que en todas sus actuaciones podamos mejorar las condiciones de existencia del proletariado, preparándose lo más urgentemente posible para la revolución social.

Hemos de hacer constar nuestro desagrado y nuestra protesta por la política guerrera que preténdese llevar a cabo, y esa táctica equivocada del Sr. Azaña de crear una milicia poderosa y fuerte. El nuevo presupuesto dedicará asignaciones de importancia al ministerio de la Guerra. No creemos nosotros que sea esto hoy muy necesario para la economía y el desenvolvimiento de nuestro país. Hemos de luchar por la desaparición de esos pujos imperialistas, porque España necesita solamente una expansión agrícola e industrial, dentro del más estricto pacifismo, para resurgir de su apatía. Tampoco lo veríamos con agrado aunque nuestro país se encontrase en un estado floreciente. Nuestra consigna de «¡¡Nunca más guerra!!» por encima de todo. Y el pertrechar al ejército de armamentos y comodidades bélicas no es más que colocarle en condiciones de intervenir en cualquier conflagración. Pero, desde luego, hoy por hoy, el problema de España no es un problema de buen ejército, y creerlo así en el nuevo presupuesto sería un profundo error, contra el que nosotros enfrentaríamos toda la fuerza de nuestra protesta.

Solución de los problemas económicos es lo menester. Solución de la crisis de trabajo, del paro proletario que tales proporciones va alcanzando en España. Presupuesto pacifista y orientador de una nueva economía. Asignaciones de importancia para el ministerio de Obras públicas. Canalización de todos los posibles terrenos de secano. Aumento de la capacidad industrial y aumento de los salarios. Solución del fundamental problema campesino. He aquí cómo vemos los jóvenes socialistas la estructuración del nuevo presupuesto y cómo pedimos que sea, ahora que está gestándose en el ministerio de Hacienda.

Lo demás no será otra cosa que perder la República el matiz izquierdista para caer en otro completamente conservador y reaccionario, y contra eso los jóvenes socialistas hemos luchado, debemos continuar luchando con toda intensidad.

La Escuela Socialista de Verano

Por Julián Zugazagoitia

En El Liberal, *de Bilbao, ha publicado nuestro querido camarada Julián Zugazagoitia, director de* El Socialista, *el siguiente artículo:*

«En El Pardo, a pocos kilómetros de Madrid, a la sombra de las encinas—encinas castellanas cantadas por Antonio Machado y enaltecidas por don Miguel de Unamuno, dos poetas de nuestra predilección—, en las márgenes del Manzanares, de las que la industria ha comenzado a sacar partido; en ese pasaje de El Pardo está funcionando una institución que me autoriza, no importa la sugestión que actualmente tienen los temas políticos: últimos días de la Reforma agraria y del Estatuto catalán, este paréntesis. No tendrá nada de raro que el lector haya oído hablar de la institución a que aludo. Se trata de la Escuela Socialista de Verano, que ha congregado, en su primer año de actividad, a un centenar de alumnos reclutados en las diferentes provincias españolas. La Escuela es nueva entre nosotros y vieja en el extranjero. Simpática en todas partes. Cuantos la hemos visto trabajar será difícil que nos olvidemos de ella. Quienes la recordarán siempre son sus alumnos, militantes en las Juventudes Socialistas. Desde luego, todos hemos sentido una profunda alegría al comprobar la fácil aclimatación que la institución ha tenido en nuestro país. Quienes llevan con alguna atención y al día las actividades socialistas en el centro de Europa saben de la existencia y el funcionamiento de las Escuelas Socialistas de Verano, más que acreditadas algunas de ellas por la cooperación de profesores de mérito y capacidad excepcionales. Su funcionamiento está regulado por un riguroso plan de trabajos, ya que la virtud de las Escuelas no es otra que la de adiestrar en el manejo y conocimiento de las ideas a los nuevos militantes, a los equipos juveniles más aptos para futuras funciones directivas. Es claro que no todo es rigor, y que en los programas se prevén las actividades deportivas. Ninguna Escuela medianamente moderna, y tanto menos si es de verano, deja de consignar en sus programas la educación física, la fiesta deportiva, la alegre y desinteresada competición. Todavía está menos justificada la omisión si la Escuela, como sucede con la española, se organiza en pleno campo. En este caso, la agitación deportiva surgirá, a despecho de todas las omisiones, de una manera espontánea y natural. Consignemos, sin embargo, que no hay omisión. Consignemos que el deporte, en sus manifestaciones más simpáticas, entra en las previsiones programáticas de la Escuela. En España y en Bélgica, en Austria y en Francia, en Alemania y en Holanda. Las Escuelas Socialistas no se han propuesto hacer de los jóvenes militantes una punta de bachilleres pedantes, insufribles en la mayoría de los casos, sino muchachos preocupados de sus ideas, sin olvidar el tributo que es debido a su juventud.

En El Pardo, bajo las encinas castellanas, a orillas del Manzanares, podemos conocer una Escuela Socialista de Verano. Acompáñeme el lector a visitarla.

* * *

Se trata no más que de un campamento. Veinte tiendas de campaña, camas y sillas de campo. Una cocina. Y los servicios complementarios: barbería, botiquín de urgencia, radio, teléfono, agua en el río para el baño. No falta nada. No sobra nada. Lo preciso para una vida saludable. En el centro del campamento, la bandera de las Juventudes. También en el centro, abierta a todos los vientos, la clase. Comodidad para el trabajo: mesas, sillas. Una pequeña tribuna para el profesor. Según va dicho, la Escuela tiene un centenar de alumnos. Una docena de profesores, un programa de clases, un programa socialista, es claro: noticiarios de las teorías marxistas y de los movimientos doctrinales y de masas operados en las clases proletarias. Besteiro, De los Ríos, Llopis, Bugeda, etc., han corrido con las lecciones. Cada uno la suya. Medida y preparada con la más alta responsabilidad. No son propiamente una conferencia. Allá en El Pardo, al abrigo de las encinas, toda posible efusión oratoria es recusada por el paisaje, que admite, en cambio, el tono menor e impone la sobriedad del ademán. Hablo por propia experiencia. Requerido para participar en el curso, con una asignatura concreta — «Rusia» —, el paisaje, recortado, severo, clásico, dictó normas a las palabras, haciendo que éstas fuesen las justas, las exactas, sin posibles evasiones a la zona lírica. Lo importante, con todo, no es el espectáculo del profesor. El elemento fundamental de la Escuela, cuyo trabajo debe seguirse, es el del alumno. Los alumnos adquieren la obligación de recoger las lecciones. Salvo contingencias imprevistas, las lecciones han sido tres: una a la mañana, otra a la tarde y la tercera a la noche. Cada lección tenía que ser anotada. Sintetizada. De aquí que los cien muchachos se afanasen sobre sus cuadernos, despiertos los sentidos, para captar la almendra de cada lección. El director de la Escuela, camarada Cabrera, examinaba el trabajo de los escolares.

Así han vivido, y no sé si todavía viven, los alumnos de la Escuela Socialista de Verano. Los ocios, no muchos ciertamente, los han dedicado al deporte y a la administración del campamento, que, por razones distintas, reclamaba brazos e inteligencias. En el núcleo de los alumnos se ha insertado un pequeño equipo femenino. En años sucesivos este equipo será, a buen seguro, más nutrido, más numeroso. La misma vida, el mismo trato, las mismas responsabilidades. Todo ha ido a pedir de boca. Ni un incidente. Ni una querella. Ni un rozamiento. El equipo femenino ha puesto en el campamento una nota de modernidad y de alegría. Se han podido bailar, aun cuando no fuesen muchos, los tercos pasodobles de la radio. Todo, repito, ha salido a pedir de boca.

* * *

Tan es así, que la Escuela Socialista de Verano queda definitivamente aclimatada en España. Su crecimiento será rápido. Todos los más capaces del movimiento juvenil irán pasando por ella, reforzando y ampliando sus conocimientos. En alguna ocasión he dicho yo que cada día era más difícil improvisarse socialista, cuando al socialista se le piden rendimientos y obras en provecho de las ideas, y tengo derecho a creer que la Escuela Socialista de Verano viene a facilitar el medio de vencer esa dificultad. En efecto; de un modo ordenado y riguroso pone a sus alumnos de cara a todos los aspectos, doctrinales y tácticos, de nuestro Partido, facilitándoles una iniciación disciplinada que, remitida a la iniciativa personal, no se hace o se hace de un modo deficiente. Complemento de esa iniciación sería, a mi juicio, la entrega a cada muchacho de una nota bibliográfica restricta de los dos o tres libros mejores capaces para hondar en cada lección o tema. Prolongar, en suma, la escuela en casa de cada alumno, facilitándole el medio de no extraviarse en la copiosísima bibliografía socialista.»

* * *

Nos felicitamos de haber coincidido con el camarada Zugazagoitia. En efecto, la Escuela tendrá ese carácter de permanencia, esa prolongación a los hogares de que él habla, para completar la orientación de los militantes.

Asturias

Mieres. — Organizada por la Juventud Socialista, se celebró en la Casa del Pueblo una velada artística a cargo del notable concertista Sr. Ibáñez.

A las siete de la tarde, y con el salón de actos lleno de público, dió comienzo al acto con una charla sobre literatura musical, disertando el señor Ibáñez con gran acierto sobre tan interesante tema; pasando luego a interpretar el programa del acto, ejecutando en la guitarra bellísimos trozos musicales, que fueron largamente aplaudidos.

En la segunda parte presentó el señor Ibáñez un antiquísimo instrumento hebreo llamado «quinor», cuyas condiciones musicales, uso y forma de tocar explicó, interpretando con él algunas obras; terminando su trabajo entre una imponente ovación.

Felicitamos cordialmente a este gran artista, que tan meritoria labor realiza recorriendo las Casas del Pueblo e infiltrando su arte en el alma popular.

Asimismo felicitamos a la Juventud Socialista por la organización de estos actos que, a la par que deleitan, instruyen a los obreros. — *Nestal.*

El Comité nacional de las Juventudes Socialistas afirma una vez más su deseo, su decisión, de que mientras haya un solo obrero parado no se puede gastar un solo céntimo en material de guerra.
España ha puesto la guerra fuera de la ley. Y si no la hubieran puesto las Cortes, la pondrían fuera de la ley las masas juveniles socialistas, que sólo irán a la guerra cuando ésta se haga contra el capitalismo.

SILUETAS DEL MOMENTO

¡Tú eres «un mangante»! — *Evidentemente, la frase en el* argot *castizo «se las trae»; pero ahora de hecho quedan incorporadas al léxico ministerial por obra y gracia de un compañero nuestro, muy simpático, que regenta la cartera de Obras públicas.*

Un muchachito francés, en el viaje que efectúa el presidente de la República, se acerca y le pide un autógrafo, y entonces Prieto pronuncia la frase hoy ya célebre en castellano, que tiene que traducir al lenguaje galo, porque también el chico es un pillete y se hace el sordo.

Es frase muy oída entre nosotros; pero ahora que tiene carácter oficial conviene que vayamos acostumbrándonos a emplearla en cosas también oficiales, como por ejemplo ahora que el problema de actualidad son los deportados. «¿Qué tal van "los mangantes", señor Casares?», dirán los chicos de la prensa cuando interroguen al mandamás de Gobernación, y el sesudo gallego, quizá algo escéptico con la aplicación de la palabra, murmurará para sus adentros: «¡"Mangoneando" en el "España"!» Porque ahora están consumiendo las judías del Estado, como antes se bebieron las fuentes del ingreso nacional; nada más lógico que catalogarles en el número que con frase feliz metía nuestro amigo Prieto al muchachito francés pedigüeño.

¡Qué crimen! ¡Hacerles comer judías y chorizo! ¡Los próceres comiendo como un soldado cualquiera! Ese era el espíritu de los sublevados; salvar las distancias para que las víctimas sólo fueran los que siempre, aun en las horas más felices, comían el revuelto sólo del primer plato. ¡Comparar nada menos que a «un gran mangante», que se apellida Borbón, con un Regúlez cualquiera! ¿Cabe mayor villanía? Por eso ellos protestaban, porque siempre en las cárceles de la monarquía se les mantenía a los presos políticos a placer, estando atentos a procurarles las mayores comodidades. Pero el régimen establece nuevos procedimientos y da nuevos títulos, que se establecerán una vez llegados al lugar de residencia.

El Borbón, que se insolenta con los periodistas, esrá «el gran mangante» de la República, y los demás tendrán el título honorífico de «mangante» sólo, lo cual podrán bordarlo en la ropa las flexibles e histéricas cristeras, que en estos días buscan nuevos «fenómenos» entre los frailes para que desde el púlpito lancen excomuniones para los liberales, «mangando» también el diario cocido que se distinga algo del suministrado a los que van a ser colonizados por los árabes de raza superior, según ellos, que residen en Villa Cisneros.

He aquí cómo una frase ingeniosa, pronunciada por un camarada nuestro, puede servir para la revisión de los títulos de nobleza, porque el ser «mangante» también es sinónimo de «ingenioso», y no vale desplazar al Borbón deportado, que amenaza con llevar más adelante a Villa Cisneros a los periodistas. Esto tiene su chispa, aunque algunos lo califiquen de soberbia; soñar con un imposible acredita al pensador, porque nada menos que cree que al conjuro de su mágica voz y con unos desplantes de factura aristocrática cambiará la fisonomía de un pueblo, que les esperaba en las estaciones para obsequiarles con música de viento.

Ya la República comienza a considerar a los ciudadanos como tales, estableciendo un principio de igualdad en el cumplimiento de la ley escrita; pero conviene no olvidar que la catalogación de los títulos honoríficos corresponde a un socialista, porque creemos que no parará en «los mangantes»; más adelante surgirán «los sablistas»; toda una relación nueva en los pergaminos, aunque la haya adoptado con anterioridad la graciosa hampa, que todo lo examina y cataloga en un argot *muy suyo.*

¡Ya comes judías y chorizo! ¡Cuántos quisieran poder decir lo mismo! Ahora comprenderán los «mangantes» monárquicos que las cárceles que establecieron para los de abajo son mansiones señoriales en el nuevo régimen, y que éste les concede el derecho a comer como un soldado, cosa que a los detenidos cuando el Borbón monopolizaba el país se les negaba, haciendo que los alimentos suministrados por esas damas cristeras fueran propios de animales, sin el recurso de la protesta, porque entonces funcionaban las celdas de castigo, donde entraban hombres y salían despojos.

Y a nosotros nos cabe la alegría de enviar a nuestro compañero Prieto una salutación por haber dado en un momento preciso, a un ingenuo muchachito francés, un título honorífico que la Historia reservará a todos los que ostentaron una colección de chapas doradas, sin más valor que el material, en el pecho y coleccionando un gran mamotreto de pergaminos, donde constaban los atropellos cometidos por sus antepasados y continuados por ellos.

La colonia veraniega de Villa Cisneros también podrá ostentar, porque para ello son autorizados, el título concedido por la opinión e ideado por Prieto. ¡Paso a la hermandad de «Los mangantes»!

C. PEDROSA

Habla Antín y Olave

Uno de los fundadores de la primera Juventud

Habla hoy en estas columnas un idealista de los que la Historia, con evidente injusticia, ha entregado al anonimato: Pedro Antín y Olave. Breves líneas servirán para presentarle a nuestros jóvenes camaradas. Antín y Olave es un hombre curtido como el que más en las luchas en favor del Socialismo. Fué él quien, juntamente con camaradas como Indalecio Prieto, Tomás Meabe, Felipe Carretero, José Sampedro y otros viejos amigos ya desaparecidos, fundó en Bilbao, años ha, la Juventud Socialista, la primera organización juvenil socialista que se creara en España. Esto era en aquellos tiempos en que el proceder así constituía una heroicidad. Cuando el declararse socialista implicaba pasar horas, días, meses continuos en las cárceles, en el exilio. Cuando el ser socialista implicaba ser boicoteado ferozmente por la burguesía, cercar a uno por el hambre. De aquí que hoy, al encontrarse Antín y Olave en España, los jóvenes que hoy nacemos a la lucha por el Socialismo en un ambiente más propicio para hacerlo que aquellos heroicos le hayamos interesado a nuestro amigo unas palabras. Unas palabras que, como verán nuestros lectores, constituyen una impresión muy somera de un viaje realizado por Olave desde América acá. De un viaje que, como podrán apreciar nuestros camaradas, constituyó un verdadero match *llevado a cabo «cuerpo a cuerpo» entre quienes han representado y siguen representando lo viejo y putrefacto y entre quien, como Olave, es la encarnación más genuina, pese a sus años, de la España que nace, de la España futura, que está dando ya al traste con todo aquello viejo y ya caduco.*

He aquí lo que nos ha dicho nuestro querido compañero:

«Hace tres años me embarqué para la Argentina. Dejamos España cuando ésta vivía unos momentos de alta efervescencia revolucionaria. Allá nos fuimos, empero. Y en aquellas tierras trabajamos cuanto nos fué posible para que aquel régimen nefasto encarnado en la persona de Alfonso de Borbón cayera. Cayera para no levantarse más.

Ahora hemos regresado a España. En pleno océano, a bordo del Cap-Arcona, *escuchamos por radio la noticia del pronunciamiento de Sanjurjo y sus secuaces. En el mismo barco viajaban con nosotros varios monárquicos españoles. Regresaban también a España, enriquecidos ya en América. Con gran alegría veían en el después fracasado movimiento monárquico el triunfo de la restauración. Ante aquellas expresiones de alegría yo no pude contener mis nervios y hube de decirles:*

—Vese bien a las claras que representan ustedes a la vieja España, a aquel régimen que en veinticinco años no fué capaz de hacer lo que la República ha hecho en dieciséis meses: aumento de escuelas, valorización de la moneda, equilibrio en los presupuestos, Reforma agraria, una Constitución de las más avanzadas del mundo, infinidad de leyes. Infinidad de leyes que favorecen a la España proletaria, tan vejada y escarnecida por ustedes. Poseemos un Gobierno que no descansa ni de día ni de noche. Todo por encauzar el nuevo régimen, dando soluciones prácticas a todos los problemas que interesan al pueblo.

¿Sabe usted, amigo, qué contestación dieron a mis palabras, como queriendo refutar mi concepto? Me contestaron algo que pone bien a las claras la capacidad tan mediocre, la contextura intelectual tan imbécil que les ceracteriza. Por toda respuesta me fomularon esta pregunta:

—¿Y la bandera? ¿Por qué cambiaron los colores de la bandera nacional?

Esto me trajo a la memoria algo que en algún tiempo me dijera nuestro inolvidable "abuelo":

«No pierdas el tiempo en discutir con hombres que han cumplido cuarenta años.»

Esto me lo decía Iglesias hace treinta años, en Bilbao. ¡Y qué relación tienen aquellas frases con el caso que tan someramente le he explicado ahora acerca del incidente del barco!

—¿Qué impresión le ha producido a usted la visita que ha girado a nuestra Escuela Socialista de Verano? — preguntamos a Antín.

—Magnífica. Allí reside el porvenir de España. Cuando, hace treinta años, constituímos Prieto, Meabe, Carretero, otros y yo la Juventud Socialista, la primera Juventud Socialista de España, vislumbramos claramente la misión de la nueva España, de esta España que, triunfante, florece. Al pisar de nuevo esta tierra que me vió nacer me emocioné grandemente. Produjo satisfacción inmensa a este mi espíritu, que, aunque viejo por los años, sigue siendo joven por la fe que en sus ideas, en el Socialismo, tiene.

Hágalo usted constar, camarada. Aunque se sabe, no está de más repetirlo: En ninguna parte del mundo el Socialismo está tan bien organizado como en España. Seremos, sin jactancia, el faro que ilumine al mundo en sus ansias de reivindicar a la Humanidad. Tened fe, jóvenes camaradas. Podéis luchar — ésa es vuestra ventaja — mejor que podíamos hacerlo hace treinta años, que fué la época que me deparó a mí el honor mayor de mi vida: el de haber contribuido, juntamente con Indalecio Prieto, hoy inteligente ministro socialista, con aquel gran hombre que se llamó Tomás Meabe y con otros a constituir la primera Juventud Socialista Española...»

GOPIS

¿Es un ciudadano el soldado?

La evolución que se está operando en el mundo en todos los órdenes, tanto en el aspecto material como en el moral, y que afecta lo mismo a individuos que a costumbres e instituciones, nos permite hacer la pregunta que encabeza estas líneas.

Hace unas decenas de años no hubiera habido razón práctica para formularla. La forzada disciplina del ejército imponía a los soldados — nos referimos a la masa que constituye las formaciones militares, la carne de cañón; la casta privilegiada de los altos galoneados era otra cosa — una obediencia y una sumisión rayanas en la esclavitud. El hijo del pueblo que iba «a servir al rey» tenía que dejar a la puerta del cuartel la más preciada cualidad del hombre: el libre albedrío. Una vez dentro convertíasele en un eunuco moral, al cual se le alineaba en los patios lo mismo que a las acémilas del regimiento. ¡Oh aquellos famosos «pronunciamientos» en que las tropas se sublevaban en defensa de tal o cual causa que ni de oídas conocían!

La vida en el cuartel se nos antojó siempre contraria a la dignidad humana, y el uniforme que se imponía al soldado, la librea denunciadora de su condición servil.

El paso por las filas no mejoraba la condición de los hombres, antes al contrario, mataba en ellos todo estímulo elevado. La obligada ociosidad les hacía refractarios al trabajo, y la constante sumisión y vejaciones de que eran objeto hacían nacer en su espíritu la propensión al disimulo y a la hipocresía.

Contra lo que querían hacer creer los defensores del antiguo régimen, el ejército no fué nunca escuela de ciudadanía. Nunca fué más que un elemento de opresión y de defensa de los privilegios de la clase burguesa, igual que el clero y la magistratura, los tres pilares sostenedores del régimen capitalista.

Hoy, sin que hayan desaparecido los defectos de que adolece el ejército — inherentes a su modo de ser, y que sólo desaparecerán cuando dejen de existir las instituciones armadas —, es indudable que en casi todas partes ha mejorado la situación material y moral del soldado. Se atiende mejor a su alimentación, a su indumento, se ha rebajado el tiempo de estancia en filas, se le instruye un tanto, se le deja leer...

¡Alto! Aquí queríamos llegar.

A peser de estimularse en el soldado la afición a la lectura mediante las escuelas creadas en los propios cuarteles, no creemos que haya llegado la tolerancia hasta el extremo de consentir que el soldado sea libre dentro del cuartel, y en los momentos de ocio o de descanso, de elegir la lectura que más le agrade. Más concretamente, nos referimos a la lectura de periódicos.

Para asegurarse de este extremo basta pasar por delante de cualquier cuartel. En la puerta, o en las cercanías de ella, se verán vendedores de diferentes objetos; pero rara vez habrá entre ellos uno que lleve periódicos, y menos si son avanzados.

Todavía se tiene en secuestro la voluntad del soldado en la forzada reclusión del cuartel, donde el papel impreso no entra libremente. Ya que la República está transformando el ambiente moral de España, ¿sería mucho pedir que se permitiera la entrada en los cuarteles de la prensa periódica y que los soldados pudieran leer allí lo que estimaran conveniente?

Con ello no se haría más que imitar el precedente sentado en Francia — República conservadora si las hay — por el actual ministro de la Guerra, Pablo Boncour, quien ha autorizado la venta libre en los cuarteles de toda clase de prensa, incluso Le Populaire, *órgano del Partido Socialista.*

Aquí donde acaban de realizarse reformas tan trascendentales, ¿no podría considerarse al soldado como un ciudadano completo?

Propagad ardientemente RENOVACION

DE ECONOMIA

LA VALORIZACION

¿Por qué el productor inutiliza parte de lo producido? ¿Por qué se utiliza este sistema para sostener los precios? Estas o parecidas son las preguntas que por un camarada becario se hacían, con ocasión de una conferencia sobre Economía, en la Escuela Socialista de Verano.

Pues bien; hoy, recordando aquellas preguntas, se me ocurre que la contestación a ellas bien puede ser el tema de mi artículo semanal.

Ante todo, vaya por delante una afirmación: la de que en todo lo que a valorización he de decir me refiero al hecho de valorizar un producto dentro del régimen burgués. Diré más: valorizar un producto dentro del régimen económico, en el que el precio está determinado no por la necesidad de él dentro de un régimen socialista, no por la utilidad que el mismo pueda reportar, sino por el valor que al mismo se concede en el referido régimen burgués, en el que, como sabemos, el precio viene determinado por la ley de la demanda y de la oferta.

Y después de este «introito» a manera de prólogo, entremos de lleno en el problema vivo de la valorización.

En Brasil se quema parte del café producido para que el resto de la producción adquiera un precio remunerable; en Australia se entierran cabezas de ganado con el mismo fin; en Norteamérica se quema algodón y trigo, etc., y su inutilización para el consumo preside la misma idea, al decir de los economistas burgueses.

¿Es que no existe en el mundo quien consuma estos productos? ¿Es, dicho en otras palabras, que todos los hombres que habitan el planeta han llegado a la «sobresaturación de sus necesidades», en lo que a café, carne, trigo, se refiere? No. Es que estos hombres, sometidos a un subconsumo, de ninguna manera pueden pagar aquello que necesitan consumir. Si tal se hiciera, como ocurrirá en el momento en que la producción esté colectivizada, no será ya la ley de la oferta y la demanda la que regule los precios, y, por lo tanto, el papel del patrono, del empresario, del capitalista, del dueño, en suma, habrá terminado, sino que el volumen de lo producido en cada una de las especies del reino vegetal, animal, etc., será repartido con arreglo a las necesidades de cada sér, y a cambio de la aportación o prestación que para la producción en común haga cada uno.

Voy a recurrir al ejemplo para explicar el fenómeno cuyo estudio nos ocupa, por dos razones: por su más fácil comprensión y porque también para mí, con la ayuda del ejemplo, ha de serme más fácil su explicación.

Vayamos por grados. Consideremos primero el caso del «productor único»; después lo haremos refiriéndonos a varios productores, ya en forma de *trust*, ya en forma de productores independientes.

Supongamos el caso de un capitalista que posee un yacimiento de aguas minerales, aguas que sirven para una afección de necesidades ilimitadas. Quiero decir con esto que no existe un número fácilmente determinable de enfermos que sientan la necesidad de consumir dichas aguas.

El capitalismo, el que embotella el producto, organiza el negocio con vista a la producción de 100.000 botellas anuales, y fija el precio, por botella, de dos pesetas, por ejemplo. Termina el año, hace el balance de las utilidades obtenidas y observa el valor de lo producido, que son 200.000 pesetas; viendo que, como la ganancia es del 35 por 100, la operación le ha reportado un beneficio de 70.000 pesetas.

Animado por el éxito, y sabiendo que la productibilidad de su yacimiento es ilimitada y que los enfermos que pueden necesitar su producto son también en número ilimitado, aumenta para el año siguiente su producción. Fija ésta en 160.000 botellas y rebaja el precio a 1,75 pesetas por botella, a fin de aumentar los ámbitos de su mercado. Claro es que los gastos han aumentado. Ha necesitado emplear más hombres en su explotación, puesto que la producción ha aumentado; ha necesitado más envases, más etiquetas para las botellas. Ha gastado más en el transporte, puesto que más ha sido también lo producido. De todo esto se deduce que el porcentaje de ganancia habrá de ser menor. Esto al productor no le preocupa, pues espera ganar más vendiendo más también. El porcentaje, pues, desciende al 31 por 100. Hecho el balance, observa que ha ganado 86.800 pesetas.

Ante este éxito piensa aumentar más el volumen de su negocio, y para el próximo año embotella 250.000 frascos de su agua mineral. De venderlos a dos pesetas, piensa que es difícil que el mercado absorba todo el producto. Los enfermos que necesitan su agua son, efectivamente, en número ilimitado; lo que no es ilimitado es el dinero de los que puedan adquirirlos a dos pesetas. Ha de popularizar el producto, y para ello no tiene más camino que popularizar también enormemente su precio. De acuerdo con el técnico, fija aquél en 1,15 pesetas la botella. Y aquí se presenta lo interesante: vende las 250.000 botellas, y el giro total de su venta representa 287.500 pesetas; pero como ha tenido que aumentar enormemente los gastos de explotación, el porcentaje de utilidad por botella vendida desciende al 25 por 100, y en estas condiciones su beneficio final viene fijado en 71.875 pesetas. Es decir, que aumentando la producción en términos tan grandes, el beneficio para el capitalista no ha aumentado en la progresión. Y ante este hecho, y sólo entonces, es cuando el productor acuerda producir solamente alrededor de 100.000 botellas, a dos pesetas unidad; dejando que de su manantial salga para perderse el agua que si él embotellara había de producirle, como anteriormente hemos expuesto, una merma en su beneficio.

Y es en este momento, y ante los hechos y cifras apuntados, cuando el capitalista, con tal de que su ganancia sea mayor, no tiene inconveniente en inutilizar esa parte de producto que, de ser aprovechada, a él personalmente no había de producirle ningún beneficio.

M. CANO LLOPIS

REPLICA

No está en mi ánimo llegar a una polémica con la publicación de este artículo. Pero ante la importancia que este comicio tiene, y las no menos importantes manifestaciones del camarada Atadell en un artículo publicado en el número de RENOVACION correspondiente al 27 del pasado mes de agosto, quiero agregar algunas consideraciones en torno a los últimos párrafos del mismo, sin ánimo de polémica, vuelvo a repetirlo.

Coincidimos cuando dice:

«No sabemos qué opiniones habrán de sustentarse en el XVII Congreso de la Unión General de Trabajadores de España sobre pactos establecidos y participación ministerial. Pero sean ellas las que fueren, para el mediano entendedor de cuestiones políticas y sindicales no se le escapará un detalle interesantísimo, sobre el cual parte la política española y el engrandecimiento de nuestra solvencia.

El detalle es el siguiente: Tenemos una República democrática gracias a la conjunción de las fuerzas antidinásticas. La base sólida de esta República la integra la Unión General de Trabajadores de España, sin la cual no sería posible instaurar en nuestro país la República.

El pacto, pues, entre socialistas y republicanos fué un acierto. Quien lo contrario crea vive totalmente equivocado.»

Es interesante el interrogante que se plantea: ¿Es acierto *seguir dicha conjunción y participar del Poder*? Y cómo no ha de ser interesante la respuesta; pero en parte de ésta discrepamos. ¿Conjunción espiritual? Bueno. ¿Conjunción material? ¡No!

Conjunción espiritual, con lo que demos vida a la República democrática, está bien si a las organizaciones obreras les deja desenvolver sus actividades. Pero en cuanto a la participación material, amigo Atadell, hemos de pensarlo mucho; hemos de ver el modo de infiltrar nuestro espíritu en la República; pero tenemos que fijarnos que nuestras organizaciones sindicales y políticas desenvuelvan su radio de acción ampliamente, y si esto tenemos será el mejor procedimiento para que viva la República.

Cierto que la Unión General de Trabajadores no puede ni debe desentenderse de la República; pero el Partido Socialista debe desentenderse de la participación ministerial en los momentos presentes.

Debe desentenderse en los momentos presentes, precisamente por tener 1.045.784 componentes, pero no todos con un espíritu de disciplina, con un espíritu de lucha, con una conciencia de clase; supeditando, desde luego, las organizaciones modernas a que todos los asuntos sean resueltos desde el ministerio, por encontrarse tres componentes socialistas, y si no se lo resuelven sacar el estribillo de «¿para qué tenemos tres ministros socialistas en el Poder».

Participamos, camarada Atadell—y esto lo sabes tú mejor que yo—, de la responsabilidad del Gobierno, no la del Poder. Para consolidar la República burguesa hemos realizado un esfuerzo sin igual. ¿Está consolidada? A mi modo de ver, sí; debiendo rapidísimamente nuestros camaradas retirarse del Gobierno y dejar a los partidos republicanos burgueses que continúen la labor de desarrollo de su República, ya que son los usufructuarios del Poder; y si fracasan, que será lo más probable, el Partido y la Unión General de Trabajadores vean las circunstancias para desarrollar el programa que las circunstancias aconsejen.

Leoncio PEREZ

Las Juventudes Socialistas estiman que ha llegado el momento de dejar la participación gubernamental.

ANVERSO

La justicia burguesa es cruel e inhumana. Hace unos días, Francia, el país demócrata y republicano por excelencia, ha guillotinado a un individuo. No nos paremos en las circunstancias del delito, que, por lo demás, es tan villano como el asesinato de Jaurès. Veamos la personalidad del delincuente. Gorgulov era un loco, según ciertas personalidades médicas, no rebatidas. Su crimen, por si hubiera dudas, sólo puede cometerlo un loco. Pues bien: Gorgulov, en el país paradigma de democracias, ha sido guillotinado, a pesar de su insuficiencia mental, casi por razones de Estado. Por razones de Estado también, de un Estado «democrático», fué indultado el asesino de Juan Jaurès. Por que Jaurès era un paladín proletario y Doumer un delegado de la burguesía... He aquí por qué la diferencia en la sanción.

Patriotismo y antipatriotismo

De siempre se ha considerado al patriotismo como uno de los sentimientos nobles que pueden albergarse en el pecho humano. Los cantos más sublimes de los poetas, los más rotundos períodos de oradores han sido para exaltar la patria y el patriotismo, su secuela. Sin embargo, en la revisión a que actualmente se encuentran sometidas la casi totalidad de las instituciones y las que hasta ahora han sido consideradas bases de la vida de relación — de la sociedad —, le ha llegado el turno a esta abstracción y a este sentimiento: a la patria y al patriotismo. Revisión fundada, llena de razón, que por no llevarse a cabo con anterioridad ha sido causa de muchos males, siendo los más directos las guerras últimamente desarrolladas.

El patriotismo encierra una doble amenaza. Por una parte presenta un peligro intrínseco, que nace de la razón misma del sentimiento. El patriota que lo es verdaderamente cae indefectiblemente en el nacionalismo, ya por el simple hecho de serlo, ya por tener que intervenir en una guerra u otro acto donde sienta la necesidad de defender su patria. Bien es verdad que la inmensa mayoría de estos patriotas arraigan originariamente en el nacionalismo. Pero en los otros, en los que lo son honradamente, la conciencia, verdadera o falsa, de la superioridad de su patria sobre las restantes les obligará forzosamente a este paso. Es el «Deutschland über Alles» de los germanos. Es el «pueblo elegido» de los judíos. Es el «con razón o sin ella, mi patria», de la consigna de guerra inglesa. Una vez comenzado el descenso, el movimiento es acelerado. Del nacionalismo se pasa al imperialismo, y una vez en este estadio ya no se puede sacar adelante el sentimiento si no es lanzándose a la lucha contra quienes se oponen a él. Resultado: el patriotismo intensamente sentido — y aquí no caben medias tintas — conduce, tarde o temprano, a la guerra.

Un segundo peligro presenta el patriotismo, que nace de la clase de personas que lo usufructúan, cuidando de él como las vestales del fuego sagrado y declarándose sus supremos definidores. Esta clase de personas están adscritas casi en su totalidad a las derechas burguesas. Característico es el fenómeno de los Estados Unidos, donde han surgido un sinnúmero de Asociaciones patrióticas. De ellas dice N. Hapgood que «dependen de promotores que juegan con el miedo de las clases acomodadas en general, o con la alarma de algunos poderosos y ancianos caballeros que no pueden dormir pensando en la revolución». Refiriéndose a una de ellas escribe: «El programa de la National Civic Federation sirve a la plutocracia conservadora en su oposición a las leyes relativas a la protección del trabajo, la restricción del trabajo infantil, las pensiones a la vejez y el mejoramiento social en general.» Creemos que con estas líneas se ven desenmascarados todo un sector de individuos, cuyo último fin es la obstrucción a todo lo que signifique justicia social; pero que no atreviéndose a manifestarlo claramente se amparan en sentimientos generalmente respetados para mejor llevar a cabo sus bajos propósitos.

Otro sector también aficionado a acaparar el patriotismo es el militar, y sabido es por todos de sobra la situación en que el Socialismo puede considerarse con relación a esta casta social. Acabamos de citar a un autor contemporáneo. También ahora nos valdremos de otro, no moderno, sino de la más rancia antigüedad clásica. Nos referimos a Cayo Graco, paladín de las luchas sociales de la Roma republicana. Decía Graco en uno de sus discursos: «Mienten nuestros generales cuando animan a sus soldados para que se batan bien, representándoles que defienden contra el enemigo sus hogares y las tumbas de sus antepasados, pues ninguno de ellos posee hogar ni podría mostrar ninguno la tumba de sus antepasados. En realidad, es por defender las riquezas ajenas por lo que se les pide que viertan su sangre y mueran.» No resultarían muy equivocadas estas palabras si las aplicáramos a los hechos actuales. La mayoría no posee un hogar propio. Vierten la sangre y mueren por defender riquezas ajenas.

Si examinamos un poco detenidamente la posición de estos patriotas profesionales veremos que su actitud se ve guiada, a pesar de su insinceridad, que pretende ocultarnos la verdadera cara del problema, por móviles exclusivamente económicos. ¡Y eso en un sentimiento tan puro — para ellos — como es el patriotismo! Pero no importa. No debe extrañarnos. Siguiendo esta táctica sinuosa salvan las apariencias. Si no lo hicieran así, ¿cómo iban a tener esa falsa autoridad dogmática para lanzarnos a la cara la excesiva preocupación por los problemas económicos? ¿Cómo, si no, iban a llenarse la boca lanzándonos su acusación de «materialistas»? Seamos materialistas, sí; pero en este punto concreto significa solamente una cosa: sinceridad. Congruencia de la actitud con el pensamiento.

Pero, de todas las maneras, si, a pesar del peligro que el patriotismo representa, y a pesar de la indeseabilidad de las personas que lo usufructúan, tuviera una base, cabría la discusión, aunque aceptarlo supusiera arrostrar todos los escollos que hemos expuesto. Pero nosotros vamos más allá. No se puede hablar de patriotismo por una sencilla razón: ¿Dónde se basa el patriotismo? ¿En la patria? Pues si ésta no es más que una bonita abstracción sin asiento real, el patriotismo se derrumba por sus cimientos. Y es lo que nosotros sostenemos. Recordemos la frase de Platón: «Hasta el más pequeño Estado se divide en dos partes muy distintas. La una es el Estado de los pobres; la otra el de los ricos, que luchan uno contra otro.» En estas líneas se resume todo nuestro pensamiento y ellas nos marcan la actitud que debemos seguir.

Una vez derrocado este falso sentimiento se nos plantea el problema de su institución, porque es indudable que no se puede ir contra las inclinaciones naturales del hombre, y éstas le llevan a ser sociable. Pero ya hemos dicho que en el párrafo de Platón se da claramente la solución. Esta no es otra que la sustitución del patriotismo por la lucha de clases, por la solidaridad de clase, dentro del actual régimen capitalista, y por un amplio sentimiento de solidaridad humana en el futuro Estado socialista. A este fin recuerdo lo sucedido en «Carbón». Claro es que no se trataba más que de un argumento cinematográfico, y que los mineros que en la película desfilaban no tenían equivalente real. Pero aun así nos da idea de lo que es un amplio sentimiento de solidaridad de clase en un régimen burgués comparado con los moldes estrechos y arcaicos de un patriotismo decadente. He ahí, pues, la consigna que debemos mantener. Lucha de clases frente a patriotismo.

José LAIN

Política alemana

Continúa siendo Alemania el punto de mira de la política internacional. Nos interesa hacer constar que la situación presente ha refrendado por completo las apreciaciones hechas en RENOVACION *números pasados. Von Papen — decíamos — desplazará a Hitler. El caudillo del nacionalsocialismo será arrinconado por un empuje triunfante de la reacción de la vieja Alemania, que, defendiéndose con dientes y uñas, está dispuesta a llevar a cabo todos sus postulados de salvación sin concesiones de ninguna especie.*

Esto es lo que ha sucedido. Hoy, Hitler está relegado a un segundo plano, y ya no se le aventura ni aun como una probable solución. Pasó la hora suya, y para todos estos partidos de avalancha, sin base sólida, cuando pasa la hora de poderse apoderar del Poder pasa la hora de su historia, porque no se presentan momentos casuales con frecuencia. Al contrario, von Papen, que arrastra consigo toda la vieja Alemania, establece de un modo descarado la reacción en lucha con la Socialdemocracia y demás fragmentos de izquierda. Hindemburg ha dado el salvoconducto. Y va a comenzar la batalla primera con el emplazamiento de la política económica determinado por el presente dictador, en la que es base determinante la reducción de los salarios.

Ha quedado deshecha con un solo golpe toda la añeja tradición del parlamentarismo alemán. El paso de la Socialdemocracia habrá de ser a un revolucionarismo de clase, sin contemporizaciones. Ya va despejándose lo que se dió en llamar la incógnita de la política alemana. Surge una solución a base de dictaduras. Y una solución pronta. La política económica, que dará al traste, por una cruel paradoja, con la economía alemana, será la lucha entre la dictadura roja o la dictadura negra. Las condiciones subjetivas de la revolución alemana son en mucho, y serán más todavía, semejantes a la Rusia que tiene tan cerca.

¡Afiliaos a las Juventudes Socialistas!

Acuse de recibo

Para Balbontín

De Pedro Martín Puente, informador de Cortes de «El Socialista», a un miserable que tiene inmunidad.

¡Y yo qué le voy a hacer, imbécil! Si usted votó con los monárquicos en contra de la Reforma agraria, «por lo que sea», hay que decirlo así. Y eso es lo que yo he hecho. ¡Quede, pues, sentado que el único que miente es usted, señor frutero consorte!

Ese sacristán malandrín, revolucionario ajesuitado, poeta de la Virgen y del ex rey traidor — ¡hay afinidades indelebles, por muchas que sean las evoluciones que impongan al espíritu las turbulencias de la vida! —, tránsfuga de todas las situaciones, revolucionario de opereta, cuyas cobardías le fueron restregadas en pleno Parlamento por el Sr. Pérez Madrigal, recordándole su época de conspirador; el Sr. Maura, con motivo de su elección, y últimamente el Sr. Sol, al hablar de la huida, valiente y audaz, cuando los engañados obreros sevillanos le pedían se pusiese al frente del célebre movimiento de «las bombas»; en fin, ese apóstata de todas las ideas; mariposa loca de todos los partidos, que le residenciaran sucesivamente por sospechoso en todos los aspectos de su arribismo ilimitado; el creador de un partido para plataforma personal; ese cuco, que a la hora de la verdad abdicó de su idea antirreligiosa por no perder una buena boda; ese hombre de tan limpia ejecutoria se ha molestado conmigo por publicar en la reseña de la sesión de Cortes del viernes próximo pasado, la versión veraz, exactísima, de su proceder en la votación de la Reforma agraria.

Le duele la verdad. Quiere justificar su actitud diciendo que la ley no sirve para nada, y argumentos por el estilo. Le ha dado en la cruz el que lo subrayemos, y contesta, como corresponde a hombres de su ralea, con insultos. ¡Pobre abogadillo frutero! Es terrible el recurso del pataleo. En el claro cristal de nuestra verdad no producen sombras ni la bilis balbontiniana ni las groserías, que — por una vez, colocándonos en el terreno del discípulo de Monipodio — devolvemos corregidas y aumentadas. ¡Elija las que más le agraden!

Y ahora, para satisfacción tuya, compañero lector, y para que una vez más te des cuenta de cómo proceden estos miserables cuando quieren cambatir a los socialistas, prepotentes y únicos paladines del obrero, vamos a reproducir el trozo — testimonio irrefutable — correspondiente del «Diario de las Sesiones».

Coincidencias que acusan:

Señores que dijeron no:

Casanueva (defensor de los jesuitas y cacique de Salamanca).

Lamamié (ídem, íd., íd.).

Ortiz de Solórzano (cavernícola furibundo y cacique logroñés).

Fanjul (ídem, íd., en Cuenca).

Cid (ídem íd. en Zamora).

Abadal (defensor de la burguesía catalana y de la reaccionaria Lliga regionalista).

Rahola (ídem íd.).

Gómez Rojí (cura de Burgos).

Guallar (cura de Zaragoza).

Cano de Rueda (cacique segoviano).

Domínguez Arévalo (cavernícola, cacique y terrateniente).

Cuesta (ídem de ídem).

Martínez de Velasco (jefe de la minoría agraria).

García Gallego (canónigo de Burgo de Osma y aspirante a cacique de Segovia).

¡Royo Villanova!

Gozálvez.

Martín (amigo de los acaparadores de trigo).

Aizpuru.

¡¡¡Y Balbontín!!! (el revolucionario de doublé, embaucador de obreros campesinos).

¿Está claro? ¿O lo explicamos mejor?

Como verás, es rigurosamente exacto que el Sr. Balbontín votó con los cavernícolas, con los monárquicos, con los jesuítas, con los acaparadores.

Y por decir esto cocea y muerde el insensato. ¡Y yo qué le voy a hacer, señor!

Es innegable que la ley de Reforma agraria votada por las Cortes, aun siendo tímida, como señaló nuestro camarada Lucio Martínez, tiene un principio de revolución campesina. Expropia sin indemnización a los nobles; libra al campesino de la usura; entrega a los arrendatarios tierras excesivamente pagadas en largos años de trabajo; va a dar tierra, semillas y herramientas a miles de familias campesinas; establece normas para restituir a los pueblos los bienes de propios que les robó la nobleza o el caciquismo; acaba con el latifundismo dentro del partido judicial, etc.

¿Que esto no colma las que hace figurar como aspiraciones suyas? Bueno. Ni las nuestras tampoco. No estaremos conformes mientras la tierra no sea íntegramente para el que la trabaje. Pero la Reforma agraria es una posibilidad, una evolución, una mejora inmediata, que las campesinos apreciarán, rápidamente, en el inaplazable problema del campo.

En suma: es un paso hacia adelante, que el Sr. Balbontín, «que se pasa de listo», no quiere reconocer, porque tambalea su ficción revolucionaria, acrecentada, sin duda, en las Cortes, con aquellas largas y animosas charlas que sostenía en pasillos y salón con los Sres. Pildáin, Royo, etcétera.

Entendiendo que esta ley beneficiaba al campesino español, hombres tan poco sospechosos de gubernamentalismo como los Sres. Franco y Sediles — cuya ejecutoria revolucionaria no se atreverá ni a discutir siquiera su compañero de grupo parlamentario, señor Balbontín — votaron en pro de la ley.

El único que votó ¡¡no!! — conviene repetirlo — de los hombres que se llaman de izquierda fué el distinguido demagogo obscurantista que acude al nombre de Balbontín.

Todo lo anterior ha dado ocasión para que el grosero verdulero político nos acose con un navajeo torpe y alevoso. Habla de anonimato. No es costumbre firmar las informaciones; pero no le hubiera sido difícil averiguar el nombre del reportero.

Acabe aquí todo. «Con la firma al pie, naturalmente», sostenemos que las puñaladas traperas sólo son posibles en hombre de su contextura moral.

La vida tiene extrañas paradojas. Siempre habla quien más tiene que callar. O, dicho de otro modo: el rufián, el miserable, son los que más invocan la caballerosidad y la honradez en sus tropiezos con las personas decentes.

Perdone el retraso en contestarle. A no mediar un amigo oficioso, su lucubración, que huele a berzas, hubiese caído antes de tiempo en la letrina a que indudablemente estaba destinada, y adonde irá después de mancharnos un poco las manos.

Agradecido por haber roto mi anónimo. ¡Halaga tanto la popularidad, aunque sea, como la de usted, lograda a costa de tumbos y claudicaciones en la lucha por la vida!...

Hasta cierto punto disculpo su indignante alegato. ¡Es tan duro retrotraerse al precio de los albaricoques y las sandías, cuando el espíritu, volando sobre cimeros ideales, aspiraba a ser algo así como el redentor Cristo del Gran Poder de los campos andaluces!...

A sus órdenes siempre. Por una vez nos hemos puesto a «su mismo tono».

Pedro MARTIN PUENTE

FANTOCHES DE GUIÑOL

Después de la Escuela

Nos marchamos del Pardo antes de la época de recolección de las bellotas. Eso demuestra que, pese a ciertas afirmaciones del Sr. Lerroux, nunca nos han gustado, y cuando camaradas nuestros de pueblos desoladamente abandonados y llenos de hambre las cogían en el monte era porque no tenían ninguna otra cosa de más substancia para comer. Así es que nuestros zurrones no llevan esos productos selváticos. Y, en relación con ellos, nuestros espíritus tampoco se han nutrido de enseñanzas de la selva. Enseñanzas, y buenas, ¡voto a...!, que a través de los días contados de la Escuela iban dejando un poso en nuestros espíritus y una cosecha sembrada en nuestro ánimo. Eso es lo que hemos recogido. Y, además, otras cosas incomprensibles para la sociedad burguesa, porque la burguesía, carcomida por vieja y revieja, nada nuestro, por ser nuevo, puede comprender.

Han convivido con nosotros mujeres socialistas. Al siguiente día de llegar a Madrid me preguntaba un republicano viejo del partido radical (¡eh, que va con usted, Sr. Lerroux!...), muy extrañado, ante una información publicada por el diario Ahora:

—Con franqueza, contésteme. ¿A que entre unos y otros hubo sus cosillas? No puedo creer que hombres y mujeres unidos tantos días no tuvieran sus más y sus menos. Chicas jóvenes, guapas... En fin. Ya será algo menos de esa moral y respeto que tanto ensalzan.

Y yo le contesté:

—Repórtese, radical baboso. Nosotros, jóvenes socialistas, como desconocemos los pudores falsos de la burguesía y las coqueterías mustias de sus damiselas, no caemos en esos más y esos menos. Nuestra vida ha transcurrido apaciblemente, de un modo asexual, y cada uno de los jóvenes era guardador celoso de los extravíos y las desvergüenzas que hubieran podido sentir los demás. Claro es que nadie los ha sentido. Además, voy a decirle a usted una cosa observada por mí. Juan Jacobo Rousseau decía que las ventajas de la civilización eran falsas, que el hombre había dejado su humanidad al pisar la primera calle empedrada. Yo digo también que es cierto. Y le digo que la Naturaleza es una escuela de fuerza y de bondad, y que al contacto de ella, por factores extrínsecos que no sabría decirle en qué consisten, el hombre es bueno.

Esto, aproximadamente, es lo que yo dije al radical de Lerroux. ¡Queridos camaradas de la Escuela Socialista, refrendad mis palabras!

Y todo se fué... Cuando veía caer y desinflarse las últimas tiendas de campaña, en el gris desvaído con que nos obsequiaba la llovizna de nuestra última tarde de campamento, sentí esa pena que algunas veces, por cosas hondas, sentimos los hombres, y que yo he llamado en uno de mis escritos, creo que acertadamente, «la melancolía de lo irremediable». Acababa todo ya. ¡Quizá por haber prolongado la vida de la Escuela me hubiese prestado voluntario a estar de servicio!

Después, el domingo, al comer, no se marchaba la Escuela. Se marchaban las provincias y se quedaba Madrid. Solo, con su vida ciudadana y su tráfago de monotonía. ¡Qué ganas de llorar y de sentir hondo! Diógenes, *que es la persona más reservada para sus emociones, y que todas las encubre con una máscara desagradable de ironía, se saturó de emoción buena, que aún le dura.*

Y por eso concluyo: Queridos camaradas de la Escuela Socialista de Verano. Yo, Diógenes *en la firma de esta sección; Serrano Poncela en la vida real, corriente y moliente (se descubrió el misterio), os dedico a todos este* fantoche *y os pongo mi corazón en la palma de vuestra mano, y os digo "perdonadme mis deudas", que yo nada tengo que perdonaros a vosotros.*

Y si creyese en el cielo y en Dios, os tendría siempre presentes en mis oraciones, para que ganaseis la bienaventuranza eterna.

DIOGENES

(Continuación de la página 4.ª)

A grandes rasgos expongo luego la situación europea y el profundo reconfortamiento que al lado de la ofensiva execrable de la contrarrevolución en Alemania — posibilitada por la división bolchevique — nos da la situación actual de la España proletaria y su magnífico desenvolvimiento.

Y al lado de España nuestros propios motivos de satisfacción en Francia: el crecimiento continuo del Partido; «Le Populaire», con sus cien mil lectores; nuestra masa electoral, cada vez más consciente, de dos millones de votos; los ciento treinta diputados en la Cámara; los substanciales progresos de la C. G. del T., la organización más formidable en el terreno sindical. Y esa satisfacción aunada con el entusiasmo de nuestros jóvenes camaradas españoles, que cantan «La Internacional».

LAS COMIDAS EN EL CAMPAMENTO DE EL PARDO

He aquí la hora del almuerzo. Los camaradas del Sindicato de cocineros han hecho bien las cosas. Están exquisitas. Un agua fresca y pura — el agua de Madrid es excelente —. Y para regar el almuerzo, como aquí no somos «prohibicionistas», un delicioso vinillo de la Mancha, el país de Don Quijote, que Cabrera representa en las Cortes.

Los platos, excelentes, son apreciados por esta juventud, que posee, naturalmente, un gran apetito. El amigo Besteiro no ha podido quedarse con nosotros. Debe presidir la sesión de la Cámara por la tarde. Del campamento ha partido para Madrid, en medio de una gran ovación.

Pero he aquí que los clamores se reproducen. A toda velocidad un enorme «Buick» conduce a nuestro camarada De los Ríos, ministro de Instrucción pública, que se instala entre nosotros y hace honor a la comida preparada por los camaradas cocineros. Tomado el café, una nueva conferencia.

De los Ríos habla elocuentemente sobre «Bolchevismo y fascismo». Su exposición gusta mucho y es muy aplaudido. Dirige una magnífica requisitoria contra el fascismo, y recordando su viaje a Rusia eleva sus justas críticas contra las restricciones a la libertad de pensamiento en el país de los bolcheviques.

Una amistosa controversia se provoca inmediatamente sobre los límites de la participación ministerial. Bien entendido, nuestro camarada hace valer en favor de su punto de vista un cierto número de consideraciones, de hechos propios de la España actual, que tienen una amplia base. Sin embargo, es evidente que la mayoría de los auditores tienen sus dudas.

Mas es preciso volver a Madrid, donde nuestros amigos nos esperan. Nosotros dejamos atrás este campamento, magnífica realización del Socialismo organizado. Esta tarde, mi antiguo camarada Fabra Ribas, de L'Humanité, *de Jaurès, subsecretario de Trabajo, vendrá a hablarme de la obra social que ha realizado bajo la dirección de Largo Caballero, secretario general de la Unión General de Trabajadores y ministro de Trabajo. Mañana, nuestro amigo Jules Moch, diputado por la Drôme, y Germaine Picard-Moch visitarán a nuestros amigos españoles, cuyo esfuerzo de educación socialista y de formación de nuevos cuadros de organizaciones políticas y sindicales puede servir de modelo y merece ser puesto a la orden del día en toda nuestra Internacional.*

El Socialismo no puede vincular su vida a la de la democracia burguesa porque se desprestigiaría.

REVERSO

Jiménez de Asúa ha pronunciado en las Cortes constituyentes un formidable discurso en defensa del nuevo Código penal. No vamos a destacar el criterio avanzadísimo en que se inspira. Por la prensa diaria conocen nuestros lectores las características del nuevo Código. No hay que decir que se trata, en gran parte, de una obra de Jiménez de Asúa. Vamos a significar sólo una cosa: en él quedan abolidas la pena de muerte y la cadena perpetua. Dos penas odiosas que en el viejo Código gravitaban sobre todos los españoles y contra toda una gama de delitos, que iba de los comunes a los políticos y sociales. En nuestro país estaba abocado a la pena de muerte no el vulgar asesino, sino el hombre de ideales que ansiara la liberación del pueblo. Eso se ha desterrado definitivamente. El proletariado socialista, con su influencia, ha logrado más en esta joven República que en la vieja francesa. Y está dispuesto a lograr mucho más...

¡En pie por la Semana Roja de las Juventudes!

Durante la Semana Roja de las Juventudes Socialistas es preciso que todos nuestros cuadros se movilicen mostrando a adversarios y enemigos la potencia y la vitalidad de nuestras organizaciones juveniles.

No debe quedar ningún joven, peón o estudiante, mecánico o ingeniero, carpintero o escritor, soldado o paisano, que no vea nuestros pasquines, que no lea nuestros manifiestos y no escuche nuestros discursos.

Hay que dar a la burguesía la prueba de que el proletariado juvenil agrupado en las Juventudes tiene un sentido netamente revolucionario, clasista, enemigo de sus privilegios, que prepara sus armas para el exterminio de un régimen social injusto. Y a sindicalistas y comunistas hay que probarles que las únicas masas con consciencia y capacidad revolucionarias son las del Socialismo.

En el pensar de los días

Carta a los pueblos

El momento es de las juventudes. Cuando un país comienza su revolución, esta revolución tiene que ser fruto de tres generaciones. La primera fué de antecesores, que prepararon el ánimo especial para que la revolución fuese hecha, labor de zapa bajo lo que tenían que derruir. Aquí en España, los hombres heroicos de nuestro Partido, y los republicanos de la primera República, y los viejos liberales — de ese liberalismo de cepa, que no hay que confundir con el otro, que no es más que de nombre, porque el liberalismo no es más que el individualismo revolucionario, que al caer en tópico adviene al Socialismo —, hasta la llamada generación del 98, o un poco más, hasta la generación del novecientos — novecentistas, o así —, todos ellos fueron preparando la revolución honda de España y aportando claridades y espacios libres para que, al comenzar, comenzase con provecho.

Y hasta aquí su labor. Después, la generación presente, de hombres maduros, que pasaron a derribar definitivamente lo ya zapado y a construir los cimientos. La labor es tan grande que en ella les cogerá el cansancio y la rueda del tiempo, que no cesa en su girar. Después, con un horizonte amplio de perspectivas, y solamente por hacer el remate de la faena, la generación nueva, la nuestra, que nunca mejor que ahora se la puede decir nueva, porque advino a la vida pública en tiempos dictatoriales y no se ha regostado a ella, el tufo rancio de la política vieja, que quiérase o no se quiera deja siempre un prejuicio y un lugar común en lo más hondo del ánimo.

La tercera generación está muy escondida aún, como en estado de larva, y es menester hacerle salir. Principalmente de los pueblos, de la tierra virgen española, porque solamente de esta virginidad de los pueblos españoles se puede esperar el fin de la revolución. Por eso el escritor quiere llamar a estas letras carta a los pueblos; mejor aún, carta a la juventud de los pueblos.

Al final de la revolución, el Socialismo de Estado; y a implantar y estructurar ese Socialismo los jóvenes que hoy comienzan a sentirse dentro de él. Labor netamente de juventud. Pero ¿y las capitales? El escritor confiesa que tiene poca fe en las juventudes de las capitales. Como en todo lo afectado por la capital. Su ilusión la pone en la virginidad de los hombres desconocidos y humildes, que traen, forzosamente, la ortodoxia necesaria; porque esa ortodoxia viene a la fuerza en virtud de su humildad, y obsérvese que siempre en España el pueblo ha sido quien ha hecho, a fin de cuentas, las revoluciones hondas. El pueblo de los pueblos — aunque parezca una paradoja —, que supo crear su autonomía de Municipios en las Edades Medias, y sus fueros, y sus usos, y sus costumbres, y sus rebeliones de comuneros por encima de reyes, favoritos y validos, que al fin y a la postre no son más que frutos cortesanos, productos de la capital.

Espera el escritor de la juventud en los pueblos. Ella levantará muy alto el airón rojo de las banderas. A la Escuela Socialista del Pardo han venido jóvenes socialistas de toda España. ¡Y cómo trabajaban! ¡Y qué calidad de sufrimientos allá en sus provincias y en sus pueblos para despegarles del estatismo reaccionario!

Por una paradoja, la fuerza revolucionaria de las juventudes de los pueblos movía a la de las capitales; mejor dicho, a la de la capital, a la de Madrid, eje, nudo y corazón que debiera ser de todas las juventudes. Y el escritor se encuentra avergonzado por ese afán revolucionario de hora tras hora, minuto tras minuto, pensamiento tras pensamiento, que en los rincones ignorados hay, que ha desaparecido — y merece un estudio aparte su porqué — en la capital.

Carta a los pueblos. Necesidad de que los pueblos intensifiquen la organización de sus juventudes. La generación nuestra, nueva en ideas y en sentimientos, blanca aún para la vida, debe desparramarse por toda España, por todos los rincones de España, para adquirir, en verdad, la vitalidad suficiente. Juventudes Socialistas en todas partes, aunque las forme una docena de miembros en cada sitio. Pero que nada quede sin la impronta del espíritu nuestro.

La revolución la concluirán los pueblos, que son quienes han hecho todas las revoluciones. Mirad la capital como hermana de lucha, y no como maestra. Los jóvenes socialistas que esto lean, desde el momento de leerlo adquieran la seguridad y la responsabilidad de su misión. Y láncense a la propaganda ardorosamente. Por impulso propio y espontáneo. Lo dice un joven de la capital, que por lo mismo que vive en el corazón de ella ve palpablemente que los pueblos son quienes han de desplegar el airón rojo de las banderas.

S. SERRANO PONCELA

¡Jóvenes!

Hay que reafirmar por todo el mundo nuestra fe en el marxismo. La Internacional Juvenil Socialista ha organizado para ello, en fecha próxima, la Semana Roja. He aquí un título emotivo. Semana en que serán símbolo en todas las naciones, en todas las provincias, en casi todos los pueblos, nuestras banderas y nuestros manifiestos, y nuestras proclamas y nuestros carteles. Semana de agitación y de propaganda y de exaltados coros que llenarán el aire de nuestra «Internacional». Actividad juvenil desparramada hermosamente por el mundo, con toda la euforia y todo el entusiasmo de la juventud cuando ha puesto el corazón en expandir y en comulgar con las ideas de Karl Marx.

Aquí, en España, nosotros los jóvenes, conscientes de nuestra misión histórica, cumpliremos en la Semana Roja con ansioso entusiasmo. España es del Socialismo, y mejor aún, de las nuevas generaciones socialistas. Queremos, por tanto, que esta Semana Roja sea como un clarín agudo que lleve su metal a todos los rincones y a todos los pueblos, y diga con el acento del que triunfa que la redención del proletariado está en la revolución marxista, y que nosotros, ortodoxos del marxismo, vamos haciendo, y concluiremos definitivamente de hacer, la revolución social. El Comité nacional de la Federación de Juventudes Socialistas espera esto de todas las Secciones. Una semana de intensa agitación y de emoción intensa, y de siembra eficaz de ideas. Que los jóvenes socialistas se lancen a los pueblos con entusiasmo verdadero a socializar los espíritus, así como llevando en la palma de la mano el credo de Marx. Una propaganda, en fin, de toda intensidad, de toda fuerza; propaganda para el futuro, que, afortunadamente, se halla muy próximo, y demostración orgullosa y noble de nuestras fuerzas.

En todas las naciones, al mismo tiempo que nosotros, millares y millares de jóvenes socialistas harán lo mismo. Las condiciones revolucionarias de sus países serán distintas a las nuestras; pero, en el fondo, las actuaciones y los resultados han de ser semejantes. La Semana Roja no es más que un canto del mundo socialista a la agonía del capitalismo. Porque el capitalismo, cumplida ya su misión histórica, agoniza y muere día tras día. Y las Juventudes Socialistas de todo el mundo, ya que no pueden impulsar la evolución histórica, ni cambiar el rumbo de los hechos históricos, sí pueden y deben esperar su momento en pie de guerra, apercibiendo a todos de que se hallan capacitadas suficientemente para intervenir en el cambio del régimen económico actual.

La Federación Nacional de Juventudes espera que todos los jóvenes socialistas se den cuenta de su misión en la Semana Roja Internacional, y reafirmen su fe en el marxismo. ¡Que vaya a todos los rincones de España el airón rojo de nuestras banderas!

¡En pie por la Semana Roja Internacional!

LA C. N. T. AMENAZA CON LA REVOLUCION CONTRA EL GOBIERNO, QUE LE IMPONE UNA LEY DE ASOCIACIONES PROFESIONALES

¿SABEIS POR QUE NO QUIERE LA «CANUTA» LA LEY DE ASOCIACIONES?

PUES PORQUE OBLIGARIA A LOS COMITES A DAR CUENTA ANTE LAS ASAMBLEAS DE LA MARCHA DE LA CONTABILIDAD, DE LA INVERSION DE ESAS CUOTAS QUE SE RECAUDAN PISTOLA EN MANO, CUYO GASTO NO SE EXPLICA NUNCA, Y QUE LUEGO VAN A PARAR CORRIENTEMENTE AL BOLSILLO DE LAS HETAIRAS, DE LOS PILLOS Y DEMAS GENTES DE MAL VIVIR QUE RODEAN A LOS DIRIGENTES DE LA «CANUTA»

En "Le Populaire"

Un artículo de Juan Longuet

La España proletaria es, sin duda, la última de las grandes Secciones de la Internacional que ha orgnizado una Escuela Socialista de Verano. Pero al primer intento los españoles no sólo han llegado a conseguir tanto como aquéllas, sino que han sobrepasado a las Secciones más legítimamente orgullosas de sus realizaciones en ese sentido educativo.

EL CAMPAMENTO DE EL PARDO

Es en un trozo de un inmenso parque real, conquistado por el pueblo, como tantos otros formidables dominios acaparados hasta aquí por los reyes, los nobles y sus servidores — y que la República va nacionalizando ahora —; es en la vasta extensión de El Pardo donde la Federación de Juventudes Socialistas de España ha instalado su Escuela Socialista de Verano. Allí hemos pasado anteayer una inolvidable jornada de fraternidad y de educación socialista.

Nuestro querido camarada Besteiro, presidente de las Cortes, y uno de los militantes más eminentes del Partido Socialista Obrero Español y de la Internacional, en el cual la ciencia y la consciencia llegan al más alto grado, ha venido a buscarnos en el vistoso coche de la Presidencia, para conducirnos hasta el campamento, que se encuentra a unos 16 kilómetros de Madrid.

A lo largo del camino nosotros vemos en concreciones la acción poderosa de nuestro Partido en el seno de la jóven República. Los vastos parques nacionales suceden a las inmensas construcciones de la Ciudad Universitaria, que, a diferencia de la francesa, comprende los emplazamientos de todas las Facultades, al mismo tiempo que el alojamiento de profesores y alumnos, transportados a pleno campo, con arreglo al excelente sistema anglosajón. Nosotros la habíamos visitado antes con su director, un excelente militante del Partido.

Ante nuestra vista se ofrece el campamento, sobre el cual flotan banderas rojas. La multitud de jóvenes camaradas nos recibe con calurosos y amistosos clamores, al canto de «La Internacional». Todos llevan «uniforme» de campo: en mangas de camisa y sobre la cabeza un pequeño gorro blanco, ornado por una banderita roja.

Componen el alumnado noventa y tres jóvenes, venidos de veinticuatro provincias españolas, por un espacio de quince días. El coste de la beca es de cien pesetas (alrededor de doscientos francos). Dichos gastos están cubiertos por las diferentes organizaciones sindicales o socialistas que les han enviado para esta quincena de estudios.

BAJO LA BANDERA ROJA

La extrema baratura de la beca nos ha sorprendido. Pero nos la explicamos cuando los camaradas Cabrera, diputado por Ciudad Real, y Rojo, secretario de las Juventudes Socialistas, que han sido las organizadoras y animadoras de esto, nos explican que las soberbias tiendas que se elevan a los cuatro lados del campo han sido prestadas por el ¡ejército, de un cuartel que se encuentra a varios kilómetros de aquí! Para más, un comandante de Artillería, ardoroso socialista, ha hecho instalar, por medios del ejército, la luz eléctrica y hasta el teléfono en la tienda del secretario general de las Juventudes Socialistas. Es un comandante que en esta jornada no ha cesado de confraternizar con los jóvenes militantes. ¡He aquí, ciertamente, un aspecto nuevo del militarismo español, que los viejos militantes que le han soportado y lo han sufrido no preveían, ciertamente!

El campamento está admirablemente organizado. Los jóvenes escolares están agrupados por provincias en las tiendas, la mayoría engalanadas exquisitamente con ramas verdes, con flores. He aquí la tienda de las muchachitas. Son una media docena de «nietas» de Pablo Iglesias, como ellas se dicen gentilmente. Bonitas y alegres, nos han acogido a los gritos de «¡Viva el Partido Socialista!» y «¡Viva la Internacional!».

En el centro del campo, a la sombra de una inmensa bandera roja, el retrato del militante muerto, del modesto obrero tipógrafo, que fué incomparable animador y educador marxista del proletariado español. Cuando en el año 1872, y con Lafargue, creaba Iglesias el Partido Obrero Socialista; cuando algunos años más tarde fundaba la Unión General de Trabajadores, organismos indisolublemente unidos — para ser miembro del Partido es obligatorio pertenecer a un Sindicato adherido a la Unión General de Trabajadores —; cuando un puñado de camaradas luchaban en la España dominada por los curas y los generales, y la pequeña fracción rebelde del proletariado seguía las locas utopías anarquistas de Bakunin, ¿quién hubiera pensado que cincuenta años más tarde los sellos de España habían de llevar, en vez de la antipática fisonomía de Alfonso XIII, las nobles facciones de Pablo Iglesias?.

Los jóvenes militantes están contentos porque en esta jornada cuarenta diputados del Partido, casi todos obreros, secretarios de Sindicatos al mismo tiempo que militantes socialistas, han venido al campamento a visitar a las juventudes, escoltando al presidente y honrando a los huéspedes.

LA CONFERENCIA DE BESTEIRO

Bajo los grandes árboles, pese al calor asfixiante—actualmente hay en Madrid una temperatura de 45° —, se encuentra la frescura agradable de una tribuna, cubierta de flores, situada a la sombra. Desde ella dan sus lecciones los militantes más destacados del Partido y de la Unión, que vienen turnando a hablar a los alumnos.

Hoy le corresponde hacer a Besteiro un magistral conferencia sobre Marxismo y revisionismo. *Nuestro camarada muestra sus conocimientos profundos de la doctrina y su inquebrantable acatamiento a los principios del marxismo revolucionario, que gobiernan a la clase obrera organizada de dicho país y ejercen actualmente una profunda influencia sobre toda la estructura social y política de la República.*

Con idéntica claridad hace una magistral crítica doctrinal del «neorrevisionismo» bolchevique, negador de la democracia, al mismo tiempo que fija enérgicamente «los límites de la colaboración con la democracia burguesa». «Porque ella podría acarrearnos la desconfianza de las masas, y sin éstas el Socialismo no será nada.»

Luego de estas palabras se producen largas y calurosas ovaciones. Besteiro ha traducido mejor que nadie la «tendencia» de los jóvenes socialistas españoles.

(Continúa en la página 3.ª)

Hoy comienzan las tareas de su Congreso los obreros de la tierra ¡"RENOVACIÓN" os desea, camaradas campesinos, acierto en vuestras deliberaciones!

GRÁFICA SOCIALISTA
SAN BERNARDO, 92